

Ya hemos matado muchos... uno más... Los *mujiks* contemplaron una vez más a Was-ka, y se separaron en silencio. Afanasij Petrovich cogió al kirguis y le envolvió en un saco remendado. La madre ululaba. Afanasij la aturdió de un puñetazo en el rostro, y salió al campo.

6.

Dos días después, desde la entrada de la tienda, los *mujiks*, de puntillas, miraban unos por sobre el hombro de los otros cómo la mujer amamantaba al niño blanco. Ella humillaba

su rostro quieto; sus ojos eran estrechos como los granos de la avena; llevaba caftan violeta y zapatos de tafilète. El niño hundía la cara contra su seno, rebuscaba con su manita entre el caftan, y pataleaba cómicamente con sus piecillos, como si hiciera punto de lana. Los *mujiks* reían ufanos. Afanasij, que miraba tiernamente al rapaz, dijo, con su voz nasal de niño llorón:

—¡Miradle, cómo se atraca!...

Por detrás de la tienda corrían los valles, las estepas, toda la tierra de la Mongolia extraña, hacia ignotas lejanías. Quién sabe adónde corre la fiera salvaje y triste, la Mongolia...

Vsevolod Ivanov

Lectura y glosa de escritores venezolanos

= En el Casino Municipal de la Exposición Ibero-Americana, Sevilla, 1929, el día 26 de octubre de 1929, con motivo de la SEMANA DE VENEZUELA. =

(y 2.—Véase la entrega anterior)

El breve fragmento que leeré de Rafael María Baralt, corresponde a su Discurso de recepción en la Real Academia Española, caso por cierto a mi entender excepcional en los anales de la ilustre Corporación, puesto que ya ella con amplio sentido del hispanoamericanismo, no común en esa época, abría sus puertas para recibir como individuo de número a un extranjero por su nacionalidad, aunque no por sus sentimientos y por la devoción con que depuraba nuestra lengua matriz, como era Rafael María Baralt, nacido en Maracaibo en 1810, a la margen del azul lago venezolano, que ahora refleja las altas torres de las fábricas tentaculares. El relámpago del Catatumbo, que sin cesar alumbraba aquellas regiones como ritmo ardiente de su seno, iluminó la juventud de Baralt, quien después inquieto y andariego vivió en la siempre hospitalaria isla de Santo Domingo, y en Bogotá la erudita para cursar latinidad, en Caracas para estudiar matemáticas, en París para publicar su *Historia Antigua y Moderna de Venezuela*, en prosa a lo Tácito, y por último en Madrid, donde desempeñó cargos públicos de importancia y donde murió y reposan sus cenizas. Cazador de términos que clandestinamente se introducen en nuestro idioma, en su *Diccionario de Galicismos*, su puntería acierta con frecuencia, aunque en otras hiera vocablos de inocente intención o por lo menos que el uso adopta como deudos de la familia latina. Sin embargo, como veréis en los cortos párrafos que voy a leer, coordina, sin intransigencias académicas, la libertad de la forma que distingue a cada escritor con la índole del idioma en que se expresa:

En vano se dirá que cada época literaria, como distinta de las anteriores, ha menester una manera también distinta de expresarse. Porque cuando, dócil instrumento de la inteligencia, puede una lengua manifestar en modo bello y formas adecuadas las más finas abstrusas operaciones de la mente, los más eficaces y variados

afectos del ánimo y las infinitas impresiones del cuerpo y del espíritu, semejante lengua ha llegado a toda la perfección de que son susceptibles las cosas humanas, y nada más necesita en la sucesión de los tiempos, sino aumentar su caudal siguiendo los progresos de la civilización y rejuvenecerse en las fuentes vivas de su propia historia.

Es el arte un compuesto de forma y fondo, o si decimos de cuerpo y alma, al cual no es menos necesaria la inteligencia que piensa, que la voz que dice lo pensado. Ni pura materia, ni puro afecto ni espíritu, sino muestra y símbolo de nuestra triple naturaleza corporal, moral e intelectual, es el resultado de la concordancia de todas las facultades humanas y tiene por órgano indispensable la palabra hablada o escrita, esto es, la lengua.

Háblase de preferir el fondo a la forma y no se advierte que, de cualquier manera que se separen estas dos cosas, enlazadas por la naturaleza con indisoluble parentesco, se llega por diferente camino, pero siempre con toda seguridad, a la barbarie. Si las ideas se hallan forzosamente encarnadas en la forma y es ésta lo primero que, al modo de los objetos materiales, hiere los sentidos, ¿cómo degradando la una elevaréis la otra?, ¿cómo separaréis el signo del pensamiento y el pensamiento del signo? Por cierto en su perfecta armonía estriban la belleza de las artes, el triunfo del ingenio a los verdaderos goces literarios.

En cuanto adorno del espíritu, requiere, sin duda, la elocuencia una correlativa y común madurez en las demás artes; y como medio de acción y persuasión, necesita de la violencia de las pasiones, de la influencia de grandes intereses, ora populares, ora individuales; pero ni en estos aspectos, ni en ningún otro bajo el cual se la quiera considerar, puede ni debe jamás eximirse de la obediencia a los principios y reglas literarias; porque ellas no han venido a ser tales por la sola autoridad de Aristóteles ni Horacio; sino por la autoridad so-

berana de la Naturaleza, que es el tipo invariable y eterno de lo bello.

Libres somos para elegir las formas que nos plazcan; pero cuanto mayor sea la libertad, tanto así conviene más que el escritor y el orador se penetren de la idea estricta y rigurosa de las propiedades técnicas del arte, bien como de sus condiciones de dignidad y fines útiles... No hay estilo absoluto y determinado, es verdad, atento que cada prosista y cada poeta tiene el suyo, que le distingue entre todos y es como el emblema de su personalidad y de su carácter: pero si el estilo libre distingue y caracteriza al escritor y al orador, la frase caracteriza y distingue al idioma; por manera que, para ser a un mismo tiempo original y nacional, es preciso hablar o escribir, con estilo propio, sí, pero en el lenguaje de la patria...

De suntuoso fulgor es el verbo de Cecilio Acosta ¿Mas qué puede añadirse comparable al elogio diamantino con que le exalta el insigne cubano José Martí? De una timidez casi enfermiza, su vida discurre con pobreza franciscana en la Caracas de entonces. El Perú le ofreció asiento digno de sus méritos, pero que el suave Cecilio rehusó, agradecido a la siempre generosa hermana nuestra, prefiriendo a la riqueza prometida la sombra platónica del árbol que cobijaba el patio de su casita blanca.

De la obra tan extensa de Cecilio Acosta elijo este ejemplo expresivo de su inteligencia admirable, en el que engasta, como gemas en el metal precioso de su lenguaje, fúlgidos nombres de la historia y de las letras castellanas:

... La grandeza histórica, después que pasa, tiene sus peligros, porque, o quedan los recuerdos que desvanecen, o las tradiciones que extravían, y hay que contar con el tiempo para que vengan otras ideas. España, muy desde los principios, fué halagada por la fortuna, bien que debido esto en gran parte a su valor. Su nobleza tenía lo rudo junto con lo grande de los héroes de Homero, armas pesadas, alto orgullo y altos hechos; más cortés que galante, más dura que lisonjera; ganosa siempre de luchas y en las luchas coronada. Sus ricos-hombres reyes de armas, pajes, infanzones y donceles, subían y bajaban en los días clásicos las escaleras del Alcázar, no para festines palaciegos, sino para el servicio de la guerra o los mensajes de la gloria. Tuvo adalides como Bernardo del Carpio, que no cupo en menos que en romance, como el Cid, que pudo decir a Fernando VI, después de la toma de Valencia, que le traía ganados otro reino y mil fronteras, como Suero de Quiñones, que tuvo Paso honroso por la honra, como Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas, porque las hizo; y cuando la consolidación de la monarquía, iniciada desde los Reyes Católicos, alcanzó a su mayor consistencia en tiempo de la rama de Austria, el cetro español puso tanto miedo en todas partes,